

¿DEBE PERMITIRSE EL USO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS?

Autor: Julián Esteban Mejía Pérez

Introducción

La llegada de herramientas de inteligencia artificial (IA) generativa como ChatGPT ha generado un intenso debate dentro de la educación superior. Por un lado, estas tecnologías ofrecen recursos innovadores para aprender y enseñar. Por otro lado, plantean dudas legítimas sobre ética y calidad académica. Mientras algunas instituciones educativas superiores han decidido prohibir su uso por completo, otros abogan por adoptarlas con precaución. En este contexto, surge la posibilidad de que un enfoque equilibrado sea lo mejor: Permitir el uso de la IA, pero centrarse especialmente en orientar y regular su uso. La UNESCO señala que la IA puede ayudar a resolver grandes desafíos educativos y acelerar el progreso de metas globales (como la de “educación de calidad” de la Agenda 2030), siempre que su aplicación se guíe por principios de inclusión y equidad [3]. El presente ensayo analizará primero los riesgos del uso académico de la IA (como el plagio y la pérdida de habilidades críticas), sus potenciales beneficios (personalización del aprendizaje, mejora de competencias digitales, innovación pedagógica), y finalmente propondrá soluciones integrales (enseñanza ética de la IA, nuevas modalidades de evaluación y marcos institucionales claros). Se sostiene la tesis de que los estudiantes universitarios sí pueden usar IA, siempre que su uso se regule de forma responsable y se acompañe de políticas educativas adecuadas.

Preocupaciones

El uso indiscriminado de herramientas como ChatGPT por parte de estudiantes ha despertado varios temores. El más evidente es el plagio académico y la falta de originalidad. Al poder generar redacciones completas a partir de un prompt, la IA facilita que muchos alumnos copien contenidos sin esfuerzo ni comprensión real. Por ejemplo, se ha observado que ChatGPT puede producir ensayos que engañan los sistemas tradicionales de detección de plagio [1], lo cual es preocupante éticamente. Este acceso “fácil” al contenido escrito puede llevar al estudiante a saltarse el proceso de investigación propio, debilitando la formación académica. Además, junto con el plagio se amplifica la tentación del “facilismo”: en lugar de pensar críticamente o buscar referencias diversas, basta con que la IA escriba un texto. La falta de esfuerzo en la elaboración contribuye a una pérdida de habilidades cognitivas importantes. Al depender de la IA para generar respuestas, los estudiantes podrían atrofiar sus capacidades de análisis, redacción y resolución de problemas. Diversos estudios alertan que el uso excesivo de ChatGPT puede debilitar el pensamiento crítico y la capacidad de los alumnos para enfrentar preguntas complejas sin ayuda tecnológica [1]. Otra preocupación relevante es la inequidad de acceso a la tecnología. No todos los estudiantes disponen de igual posibilidad para usar herramientas de IA: Existe un porcentaje de la población que no posee acceso fácil a este tipo de herramientas. Si las

instituciones no consideran esta disparidad digital, se corre el riesgo de agravar desigualdades educativas: los alumnos con más recursos tecnológicos obtendrán una ventaja competitiva al aprovechar la IA, mientras que los más desfavorecidos podrían verse en desventaja en comparación. Organismos como la UNESCO han insistido en que la IA debe aplicarse de forma que no amplíe la brecha entre alumnos, sino que la reduzca [3]. Sin embargo, el uso actual tiende a intensificar dichas diferencias si no se gestiona con cuidado.

Adicionalmente, el uso generalizado de la IA genera una mayor carga de trabajo para los docentes y la institución. Es un escenario cada vez menos descabellado que los profesores deban dedicar más tiempo a diseñar evaluaciones “a prueba de IA” y supervisar la autenticidad de los trabajos entregados. También les exige adaptarse y capacitarse en estas herramientas, lo que consume recursos formativos. La incertidumbre de no saber cuándo un alumno usó la IA para completar una tarea puede aumentar el estrés de los docentes. Por ello, muchos docentes creen que este problema será permanente: en estudios recientes casi tres cuartas partes de los profesores encuestados consideran que el mal uso estudiantil de la IA seguirá siendo un desafío constante [5]. En resumen, la preocupación fundamental es preservar la integridad académica y el desarrollo intelectual genuino del estudiante. Si se pierde este equilibrio, la IA corre el riesgo de convertirse en una trampa digital más que en un instrumento pedagógico.

Beneficios

Pese a los riesgos mencionados, no se pueden ignorar las ventajas potenciales de integrar la IA en la educación universitaria. Una de las más destacadas es la personalización del aprendizaje. Las herramientas como ChatGPT pueden actuar como tutores virtuales disponibles las 24 horas, que responden dudas y explican conceptos a medida que el estudiante los necesita [1]. Este acceso continuo brinda a cada alumno la oportunidad de estudiar a su propio ritmo y estilo. Por ejemplo, ChatGPT puede ajustar el nivel de complejidad de sus explicaciones al dominio del estudiante, promoviendo un aprendizaje autodirigido. Como indica la literatura, la IA facilita la asistencia personalizada: “ChatGPT ofrece clarificaciones instantáneas sobre conceptos complejos, ayuda con tareas y exámenes y da acceso a una gran cantidad de información, enriqueciendo el proceso de aprendizaje” [1]. Esto puede incrementar la motivación del estudiante, ya que tiene apoyo inmediato y adaptado a sus necesidades.

La IA también puede fomentar una mayor inclusión educativa. Organizaciones internacionales resaltan que uno de los objetivos de la IA en la educación es reducir las desigualdades de acceso al conocimiento y promover la equidad global [2]. Teniendo en cuenta esto, si se logra una implementación adecuada, la IA podría ser un “gran motor de cambio” para estudiantes con dificultades o con necesidades especiales. Por ejemplo, puede ofrecer resúmenes simplificados, traducciones automáticas o ayudas visuales a quienes tienen barreras idiomáticas o de aprendizaje. Según Stephanie Giannini [3], debemos usar la IA para “reducir las desigualdades y promover una globalización justa e inclusiva” [2]. Con un enfoque adecuado, estas tecnologías

amplían el acceso a recursos educativos de alta calidad, nivelando el campo de juego entre diferentes contextos.

Otra ventaja es el desarrollo de habilidades digitales en los alumnos, que son fundamentales en la era contemporánea. Al aprender a utilizar herramientas de IA, los estudiantes adquieren competencias técnicas avanzadas que pueden ser útiles en su futuro profesional. El especialista David Merino señala que las tecnologías de IA pueden mejorar la experiencia de aprendizaje al analizar el rendimiento individual de cada estudiante, permitiéndoles aprender según sus intereses [2]. De hecho, usar programas basados en IA obliga al estudiante a formular consultas precisas y a evaluar críticamente las respuestas recibidas, habilidades estrechamente relacionadas con el pensamiento computacional y la alfabetización digital. Además, explorar plataformas de aprendizaje potenciadas por IA (como bibliotecas virtuales inteligentes o simuladores adaptativos) prepara al alumno para un mundo laboral donde estas tecnologías serán comunes. En síntesis, el uso controlado de IA impulsa el dominio de destrezas informáticas avanzadas y de búsqueda de información relevante.

Desde el punto de vista pedagógico la IA puede promover la innovación en la enseñanza. La tecnología ofrece nuevas herramientas para que los docentes diseñen actividades más dinámicas y creativas. Por ejemplo, los chatbots educativos pueden simular diálogos con personajes históricos o científicos, o generar problemas prácticos a medida. El estudio de Hasanein y Sobaih afirma que ChatGPT puede liberar tiempo docente al automatizar tareas administrativas y al ofrecer retroalimentación personalizada, lo que “permite que los profesores se centren en las estrategias de enseñanza y fomenta la innovación al diseñar sus planes de estudio” [1]. En la práctica, esto podría traducirse en métodos de evaluación menos tradicionales (como proyectos interactivos), laboratorios virtuales alimentados por IA o discusiones en clase enriquecidas con datos generados por inteligencia artificial. Con las herramientas adecuadas, la IA convierte al aula en un entorno dinámico y centrado en el estudiante, donde la enseñanza se enriquece con recursos adaptados a las necesidades grupales e individuales. Por tanto, los beneficios tales como personalización, inclusión, habilidades digitales e innovación pedagógica, muestran que la IA no es intrínsecamente un enemigo de la educación, sino una tecnología en crecimiento cuyo potencial debe aprovecharse críticamente.

Enfoque equilibrado y propuestas

Para balancear los riesgos y las ventajas, las universidades deben adoptar un enfoque equilibrado y formativo. En primer lugar, es crucial la enseñanza ética del uso de la IA. Los planes de estudio deben incorporar módulos sobre pensamiento crítico digital: por ejemplo, explicar a los estudiantes qué es la IA, sus límites y cómo verificar la información que genera. Las normas institucionales pueden estipular que el uso de la IA se limite a etapas preliminares (por ejemplo, para generar ideas o bosquejos), asegurando que el trabajo final refleje el esfuerzo propio. En ese sentido, se recomienda definir claramente los “límites” del uso permitido de IA en cada

asignatura, y capacitar a los alumnos en conceptos de honestidad académica tecnológica. Asimismo, sería factible el promover ejercicios de comparación entre respuestas de la IA y fuentes académicas tradicionales, de modo que el alumno aprenda a contrastar y elegir información fiable.

En segundo lugar, es necesaria innovación en las evaluaciones académicas. Los profesores pueden diseñar tareas menos vulnerables al soporte tecnológico, como cuestionarios presenciales, debates orales o proyectos prácticos en equipo. Una táctica propuesta es centrar las evaluaciones en competencias creativas y de resolución de problemas reales que la IA no pueda resolver por completo [1]. En este sentido, se sugiere dar mayor peso a exámenes escritos en clase, a reflexiones personales sobre el proceso de aprendizaje, y a trabajos colaborativos donde el uso de la IA quede enmarcado como herramienta opcional. Además, se puede fomentar que los estudiantes divulguen cuándo han utilizado ayuda computacional y cómo lo han hecho, incorporando su experiencia como parte de la calificación. Los educadores cumplen el papel clave de diseñar actividades que requieran análisis personal y expresión original [1].

Por último, las instituciones deben establecer normas claras y recursos de apoyo. Varias universidades han empezado a crear guías éticas y políticas de uso de IA. Por ejemplo, la Universidad de Las Américas (UDLA) ha publicado un “Marco para el Uso de IA” que promueve la incorporación ética y fundamentada de estas tecnologías en la docencia, alineada con sus principios educativos [4]. Este tipo de documento institucional establece lineamientos claros para el uso responsable de la IA, definiendo criterios académicos y valores institucionales, y promoviendo la reflexión crítica sobre la tecnología. Además, las universidades pueden invertir en herramientas de detección de contenido generado por IA y en formación docente sobre tecnología digital. Es fundamental crear una cultura institucional de apoyo al aprendizaje con IA: esto implica tutorías especializadas, espacios de diálogo sobre ética tecnológica y recursos para que profesores y alumnos compartan buenas prácticas. Con estos elementos se puede encaminar el uso de la IA hacia fines educativos legítimos.

Conclusión

El empleo de inteligencia artificial por parte de los estudiantes universitarios es un fenómeno complejo que presenta pros y contras. Por un lado, existen riesgos reales: la tentación del plagio, la erosión de habilidades críticas, la profundización de brechas sociales y una mayor carga para el personal docente. Por otro lado, la IA brinda oportunidades formativas valiosas: aprender a diferentes ritmos, reforzar contenidos, desarrollar destrezas digitales e impulsar estrategias pedagógicas innovadoras. Frente a esta situación la solución no es una prohibición absoluta ni un uso sin límites, sino un equilibrio reflexivo. Lo ideal es enseñar a los alumnos a usar la IA de forma ética y crítica, modernizar las formas de evaluación, y construir políticas institucionales que integren estas herramientas de manera constructiva. En otras palabras, se reafirma la tesis planteada: los estudiantes universitarios pueden hacer uso de la IA, siempre que sea dentro de un

marco educativo responsable que potencie los beneficios y minimice los perjuicios. La clave está en formar profesionales que dominen la IA como una herramienta más de su arsenal académico, no como un sustituto del esfuerzo y la creatividad propios.

Referencias

- [1] A. M. Hasanein y A. E. E. Sobaih, "Drivers and Consequences of ChatGPT Use in Higher Education: Key Stakeholder Perspectives," *Eur. J. Investig. Health Psychol. Educ.*, vol. 13, no. 11, pp. 2599–2614, Nov. 2023.
- [2] REDEM, "Chat GPT e inteligencia artificial en la educación: ¿héroe o amenaza?", 12 julio 2023. [En línea]. Disponible en: <https://www.redem.org/chat-gpt-e-inteligencia-artificial-en-la-educacion-heroe-o-amenaza>.
- [3] UNESCO, "La inteligencia artificial en la educación," UNESCO, [En línea]. Disponible en: <https://www.unesco.org/es/digital-education/artificial-intelligence>
- [4] Universidad de Las Américas (UDLA), "Marco para el uso de Inteligencia Artificial en UDLA," 2023. [En línea]. Disponible en: <https://www.udla.cl/descargas/normativas/marco-para-uso-ia-en-udla.pdf>.
- [5] StratX Simulations, "The Negative Effects of Artificial Intelligence in Education," StratX Simulations, 2023. [En línea]. Disponible en: <https://web.stratxsimulations.com/recent-posts/the-negative-effects-of-artificial-intelligence-in-education>.